

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

MARZO — ABRIL 1945

SUMARIO:

<i>Waldo Frank</i>	EL JUDÍO EN NUESTRO TIEMPO
<i>B. Sanín Cano</i>	} LA CUESTIÓN JUDÍA
<i>Ernesto Montenegro</i>	
<i>Arturo Capdevila</i>	
<i>J. García Monge</i>	
<i>Victor Serge</i>	
<i>Jean Malaquais</i>	MARIANKA (cuento)
<i>Gustav Regler</i>	LOS NIÑOS DEL GHETTO (versos)
<i>José Carlos Mariátegui</i>	EL RENACIMIENTO JUDÍO
<i>Enrique Espinoza</i>	«MESTIER DE JUDERÍA»

Santiago **26** *de Chile*

Esta pequeña revista de arte y crítica, fundada el año 1921 anhela mantener vivo el sentimiento de libertad, estimando que el hombre debe ser la medida de todo.

Su contribución a la cultura general está patente en ensayos, relatos y poemas y en los juicios que acerca de los mejores libros americanos inserta en cada número.

La colaboración de autores de nuestro idioma es inédita, salvo indicación en contrario. Los ensayos de escritores norteamericanos, franceses, ingleses, rusos, alemanes, se traducen especialmente, autorizados por los mismos.

Aunque en escala modesta, BABEL circula por todos los países americanos y no falta en ninguna de las grandes bibliotecas y universidades del continente.

BABEL se publica regularmente, al final de cada bimestre, en volúmenes de 48 a 64 páginas. Como revista de suscriptores, sólo está en venta en pocas librerías. Su deseo es establecer relaciones directas con cuantos la honran leyéndola.

NUMERO DEDICADO A
LA CUESTION JUDIA

*E*L PENSADOR PREOCUPADO DEL PORVENIR DE
EUROPA DEBE, EN TODAS SUS ESPECULACIONES
SOBRE ESTE PORVENIR, CONTAR CON LOS JUDIOS
Y LOS RUSOS COMO LOS FACTORES MAS CIERTOS
Y PROBABLES EN EL JUEGO Y CONFLICTO DE
LAS FUERZAS.

NIETZSCHE.

Waldo Frank

El judío en nuestro tiempo

(Fragmento de un libro así titulado en inglés)
Duell, Sloan and Pearce, New York

Lo que he descrito como la norma típica del norteamericano es la norma avanzada de todo el occidente. Tal vez se realiza más perfectamente en América esta civilización fundada en el rechazo de la esencia humana; pero sus raíces, y también sus flores, se hallan en Europa desde hace mucho tiempo. No puedo aquí probar este aserto ni analizar sus causas,* ya que mi propósito no es otro que revelar la intensa y dramática posición del judío en el común desastre de todo el occidente—y en su común aurora de promesa. La guerra, los movimientos totalitarios que la precipitaron, el fracaso de los movimientos socialistas y avanzados en los países democráticos, cuya corrupción fué el alimento del totalitarismo, en una palabra, la trágica historia de nuestra generación, no es otra cosa que el colapso de una estructura democrática asentada sobre cimientos inadecuados. Cuando una casa se derrumba, si las vigas y piedras que se desmoronan pudieran hablar y tuvieran la necesidad humana de racionalizar su caída, describirían su movimiento descendente como “anti-casa”. Las ideologías de destrucción hoy día reinantes o implícitas en el occidente son anti-democráticas de un modo semejante; son reacciones racionalizadas de una democracia que ha caído bajo el peso de sus propios fracasos.

La mayor de las amenazas que nos asechan es que tenemos toda nuestra atención fija en el enemigo externo, en el fascista,

* Así lo que Europa durante la última generación llamó «americanización», por ejemplo, una vida de proliferación mecánica para completar el empuje de la voluntad individualista, tiene su arquetipo en Napoleón; y las grandes novelas de este modo «americano» de vida fueron publicadas antes de 1850 por los franceses Balzac y Stendhal.

e ignoramos el enemigo que está dentro de nosotros mismos, la enfermedad que nos mina, y de la cual el enemigo externo es sólo un síntoma. Como si, cuando la casa comienza a derrumbarse, culpáramos a los ladrillos que se desmoronan, y no a los falsos planos del arquitecto ni a los errores del constructor.

Nada aprenderemos mientras sigamos viendo sólo al enemigo de fuera. Pueden desangrarse más millones de hombres, pueden volar en escombros otros centenares de viejas ciudades, y no habremos aprendido nada. Sólo cuando logremos *interiorizar* nuestra atención llegaremos al umbral de un conocimiento creador y el desastre del mundo podrá volverse aurora.

La enfermedad común de nuestro tiempo es también la de los judíos; para ellos es también la trágica amenaza de que toda su sangre y todas sus congojas puedan perderse sin enseñarles nada. El judío norteamericano comparte con sus compatriotas esta hora del destino. Pero ningún alarde externo de posición y fuerza podrá salvarlo si su norma sigue siendo en el fondo la negación de su propia salud, y la de esa salud humana universal a la cual sirvió su vida, y la que le permitió sobrevivir.

Por otra parte, el judío norteamericano está corrompido por la enfermedad de todo Israel y por la enfermedad del mundo, y debe buscar por sí mismo su propia cura, que le permita crear un anticuerpo espiritual, una antitoxina cultural contra los males del mundo.

*

* *

La comunidad judía típica en los Estados Unidos vive sin diferencias profundas con sus vecinos, y, por lo tanto, carece de tensión. Esta carencia, intuída inconscientemente, inquieta a los judíos, que comprenden por instinto que cada entidad social debe tener tensión, debe tener superficies distintas para funcionar con el mundo circundante y no perderse en él. En las comunidades judías norteamericanas el medio común para dicha tensión lo proporciona el antisemitismo. En los Estados Unidos, el judío

siente el antisemitismo tanto fuera como dentro del país, y sufre, planea y se afana a fin de combatirlo.

Comencemos aquí nuestra aplicación de un conocimiento positivo de lo que es el judío, y de una devoción positiva de lo que el judío debe seguir siendo. En los últimos años se han publicado muchas y notables caracterizaciones del antisemitismo. Como Maurice Samuel y Jacques Maritain lo han demostrado, el antisemitismo es, en el fondo, anticristianismo. Y también, desde un punto de vista más general, es antieuropeismo, como he tratado de mostrarlo. Pero, aún más profundamente quizás, el antisemitismo es antidemocracia, es el síntoma inevitable de cualquier movimiento antidemocrático, de cualquier impulso social organizado contra el desarrollo de la libertad humana en una comunidad en que los judíos viven como constantes testigos—bajo los accidentes y renunciados de su conducta inmediata— de la verdad de que el destino del hombre es avanzar fraternalmente con todos los hombres hacia la libertad. Por lo tanto, si la norma común del norteamericano, a pesar de su profesión de fé democrática, es implícitamente antidemocrática en cuanto milita contra la madurez humana y estereotipa la conciencia y la expresión del hombre, será también implícitamente antisemita. *Y los propios judíos, en cuanto viven esta norma antidemocrática, serán también antisemitas.*

Nos encontramos, pues, ante esta peligrosa contradicción; una democracia consagrada a la libertad por sus tradiciones y por la expresión consciente de sus valores, pero que vive una vida encaminada a debilitar progresivamente la libertad en sus propias raíces. Y dentro de esta democracia norteamericana tenemos una comunidad judía que también vive una vida enderezada a menoscabar la democracia, a debilitar a América y a su propio judaísmo. Tenemos comunidades judías que se esfuerzan por combatir el antisemitismo, que dan su pensamiento, su tiempo y su dinero para tan noble fin, pero que prosperan en un mundo generador de antisemitismo, y viven con ese mundo de acuerdo con las normas que éste impone.

No sugiero que los judíos americanos renuncien a ninguno de los puntos de sus programas anti-antisemitas. Lo que anhelo y humildemente propongo es que refuercen sus programas con una manera de vivir fundamentalmente anti-antisemita.

Una civilización americana que en su verdadera vida y en la formación de su juventud, a través de la educación y el arte, niega su gran tradición, envía a sus jóvenes a Europa y al Pacífico a morir contra los enemigos declarados de esa tradición. Derrotará al enemigo en la batalla; pero a no ser que combata conscientemente al enemigo en su propia manera de vivir, no tardará en descubrir que el enemigo usa el uniforme de su propio ejército victorioso. Del mismo modo, en vano lucharán los judíos americanos por ser judíos, en vano lucharán por defenderse contra los antisemitas mientras las normas dominantes de su vida sean el propio alimento de las fuentes sociales y psicológicas del antisemitismo.

TRADUCCION DE OSCAR VERA

La cuestión judía

Hemos formulado a unos cuantos escritores de distintos países las siguientes preguntas:

- 1.ª *¿Podría Ud. resumirnos alguna experiencia personal, significativa, referente a sus conciudadanos de origen judío?*
- 2.ª *¿Acepta Ud. cualquier discriminación racial en contra o a favor de los llamados hijos o nietos de Israel?*
- 3.ª *¿Qué opina Ud. del antisemitismo y de sus consecuencias en el mundo actual?*

He aquí algunas respuestas recibidas:

B. Janin Cano

(Colombia)

1. Hay no sólo en Colombia sino en la América de antiguo dominio ibérico muchos individuos de origen judaico que lo ignoran voluntariamente o por cálculo. Mis fundamentos se contienen en los siguientes datos. Cuando los judíos fueron arrojados de España en 1492 residían abundantemente en las "Encartaciones", región de las provincias vascongadas, llamada así por las cartas de residencia que se daban para habitar en ellas y por otras razones. Como es sabido, los judíos no llevaban apellido: se llamaban Isaac, Abraham, Elías, Moisés, simplemente. Expulsados de España y poco aceptados en otros países de Europa y del Levante trataron de escapar a América clandestinamente. Para eso tenían que adoptar apellido. Como habían habitado en las provincias vascongadas, y como el vasco desde entonces se

diferenciaba del resto de los españoles, el judío fugitivo escogía para sí y para su estirpe los apellidos que le eran más conocidos y que hoy son abundantísimos en América, muy especialmente en la provincia de Colombia, de donde soy oriundo, denominada Antioquia, muy semejante al país vasco por su accidentada topografía montañosa. Mis condiscípulos se llamaban Ibarra, Orozco, Saravia, Salazar, Aguirre, Elizalde, Abehortúa, Echeverri, Barreneche, Uribe, Uriburu, Urueta, Urrea, Upegui. En otros países el caso es parecido. Familias patricias del norte y del sur llevan apellidos vascos: Larrea, Larreta, Errázuris, Itúrbide, Irisari. Téngase presente que estos nombres no corresponden a emigración reciente. En mi provincia no ha habido inmigración después de la conquista y fué poca durante la colonia. Ahora, es notorio que por entonces los vascos no pasaban de cuarenta mil habitantes. No podían suministrar tan copiosa inmigración al continente, sin despoblarse en absoluto. Naturalmente los judíos escondían su origen y su religión. Con el tiempo los descendientes se olvidaron de la calidad y fe de sus ascendientes, por necesidad o por el influjo del medio moral y material. A estos hechos históricos se agrega que en mi provincia, solía yo ver en los mercados hace setenta años (en reserva) mujeres del campo tocadas a la manera de las hebreas, según aparecen en las ilustraciones de Gustavo Doré, en cierta edición de la Biblia. Hay mucho que decir sobre los rasgos fisonómicos; pero de ésto es mejor hacer caso omiso.

2. En contra, no. A favor, sí, porque soy defensor nato de los perseguidos y ofendidos.

3. Moralmente el antisemitismo es una aberración resultante de la ignorancia. La ignorancia ha creado un sentimiento que procede, entre otras causas, de haber forzado durante siglos a los judíos a ejercer una profesión mal mirada, generalmente. Otra causa de animadversión contra el judío es su creencia en un solo Dios y su aversión a la idolatría. El hombre es por sentimiento idólatra. Lo fueron los babilonios, los egipcios, los romanos; lo son los católicos, los ortodoxos, de todos los cuales el judío ha

recibido los peores tratamientos. Todavía el hombre moderno, que afecta ser descreído y librepensador, practica la idolatría con el culto de los héroes, llenando plazas, calles, panteones, con las imágenes de personajes más o menos auténticamente heroicos o poseedores de otras virtudes. El monoteísmo es contrario a los sentimientos primitivos del ario: ejemplo Grecia, Roma antigua y moderna. Políticamente, el antisemitismo es una torpeza en explotación.

Ernesto Montenegro

(Chile)

1.—Lo que hallo de más significativo en mis primeras relaciones con judíos chilenos es la perfecta inocencia de nuestras relaciones "raciales". Como Adán en el Paraíso Terrenal, yo viví inconsciente de los conflictos de raza o de religión hasta mi salida al extranjero. Es decir, durante la primera mitad de mi vida, conocí hombres y mujeres de tradición hebraica, tuve algunos amigos entre ellos, pero su identificación como tales es un proceso retrospectivo. Entonces eran para mí italianos, franceses, polacos o rusos o portugueses, y lo curioso del caso es que me daban la impresión de ser más intensamente italianos, franceses, etc., que otros de sus compatriotas. Creo que ésta es también la experiencia de la mayoría de mis paisanos.

La vida en nuestra América, con su tendencia a la expansión y sus muchas oportunidades les había llevado a diversificar profesiones y hasta sistemas de vida. Unos eran sastres, o joyeros, o prestamistas, pero los más habían tomado otras ramas del comercio, las industrias y hasta la agricultura. Al dejar la intimidad gregaria del Ghetto habían perdido el celo y el recelo que caracteriza ciertas fisonomías tales como esas que uno se llega a topar más tarde en el Transtevere de Roma y aún en Buenos Aires.

Infortunadamente cabe decir en este caso, mis relaciones juveniles con judíos fueron tan *normales*, que no podría contar ninguna anécdota característica, pues como ya he indicado, cada uno de ellos era para mí un carácter individual y no un ejemplar de raza o de credo. Sus cualidades y sus defectos personales eran pues peculiaridades de la persona y no de una comunidad.

2.—Creo que es un poco tarde para pensar en “discriminaciones” en una sociedad como la chilena, que tiene tan gruesa inyección de sangre hebraica desde su asiento colonial. Pero, si no he observado mal, judíos y gentiles deben compartir la responsabilidad por su distanciamiento. Leyendo la Biblia con sentido crítico, lo primero que nos llama la atención es el nacionalismo militante del pueblo judío, y su consecuencia inmediata, la hostilidad hacia los gentiles. Históricamente por lo menos, fueron los judíos los que pretendieron ponerse fuera y por encima de las comunidades comarcanas.

En nuestros días es indispensable que el acercamiento proceda de ambos lados, y que los judíos más ilustrados salgan al encuentro de los grupos liberales y tolerantes a fin de concertar una acción de bien público, de cultura social cualquiera. El día en que unos y otros colaboren en las actividades de nuestra sociedad, el peligro de un antagonismo racial semejante al que vemos en el Viejo Mundo quedará por lo menos atenuado. (En Chile muchos de los católicos más fervientes, junto con altos dignatarios de la Iglesia, llevan apellidos de timbre hispano-hebraico).

3.—Lo más irritante del antisemitismo es la hipocresía de aquellos que quieren cargar a la cuenta de una raza o grupo lo que es en definitiva achaque de la naturaleza humana, sea la usura, la petulancia, el esnobismo o cualquiera de las fallas que comúnmente se le achaca al judío. La psicología moderna ha hurgado certeramente en ese afán de cargar a la cuenta del prójimo lo que nos escuece por dentro. ¿Quién no recuerda la escena en que una mujer, insatisfecha con su suerte o para aplacar la inquina que siente contra el marido, se desquita pegándole a los chiquillos? A veces es una comunidad entera, y suele ser una

nación, como en el caso de Alemania, la que se ensaña con inocentes y culpables por motivos no más justificados que los de la mujer histérica o sadista. Y al fin las peores consecuencias recaen sobre uno mismo, porque al copiar el ejemplo del fariseo que se tenía por justo y no quería compararse con el publicano, renunciamos a la redención moral, al reconocimiento y la enmienda de nuestras propias culpas.

Está ya bien probado que cuando un pueblo o un gobierno recurre al antisemitismo como arma política es porque busca un pretexto para distraer la atención de los ciudadanos. En cuanto a las fricciones económicas, ahí está el problema. Es inevitable que pueblos indisciplinados y antimetódicos tengan que sufrir con la competencia del extranjero, y no tan sólo del judío. Es igualmente innegable que éste se siente demasiado inclinado a las actividades especulativas en que priman la astucia y hasta el engaño. (Lo mismo que ha hecho odioso al inmigrante español en Chile o en Méjico, y en que también pagan justos por pecadores.) Estimo que debería hacerse un esfuerzo concertado para diversificar las actividades de los judíos y otros inmigrantes.

Arturo Capdevila

(Argentina)

1.^a Mi experiencia con mis conciudadanos israelitas es más o menos la misma que con mis otros conciudadanos. Como que eso es lo humano. Por lo demás tengo excelentes amigos israelitas, dignos del mayor aprecio.

2.^a No entiendo la pregunta.

3.^a El antisemitismo es siempre una máscara. De lo que se trata una vez y otra es de alguna nueva campaña contra la libertad. Perseguir a los judíos fué siempre el comienzo de todas las persecuciones del espíritu.

J. García Monge

(Costa Rica)

1. En esta ciudad viven bastantes judíos. Simpatizo con ellos, pero no cultivo relaciones personales. Breves contactos con uno que otro. Los sé, algunos, amigos del REPERTORIO AMERICANO y como suscritores, me ayudan. Judíos jóvenes ya se me acercan más; los estimo, los animo en sus estudios. Prometen algunos en letras y en filosofía y arte. Sacan una revista. Les ayudo. Creo en la voz judía en lengua española de América. Un retorno en los caminos de la cultura o del Espíritu.

Costarricenses de origen judío no sabría filiarlos. Sin duda que los hay.

2. En el campo de las diferencias o de las simpatías ante los hijos de Israel, me inclino a las simpatías. En muchos casos se les juzga mal por prejuicio o por ignorancia, o por maldad.

3. En nuestra América debiera ignorarse el antisemitismo. Veo con pena que ya lo están cultivando fuerzas extrañas y malvadas. Esto me duele. Mucho daño le ha hecho al mundo actual el antisemitismo. Todos los *antis* me alarman; pero mucho, el *anti* en presencia de los semitas. Es doctrina negativa, de envidia e ignorancia. Sí creo que los semitas de América debieran *interesarse más* por los intereses del Espíritu en América, y no sólo por los negocios. A medida que sean indiferentes con nuestra cultura, en la medida que se nieguen a ayudarnos a crecer, el abismo de la incomprensión se hará mayor y por lo tanto, más peligroso para ellos. Los consejos de Waldo Frank al respecto, me parecen muy atinados.

Costa Rica, Octubre 15 del 44.

Victor Serge

(Rusia, desterrado en México)

1. Mi experiencia me hace considerar a la nación judía como una de las más dotadas. En el mundo moderno, dividido por las luchas sociales, ha producido grandes capitalistas, hábiles comerciantes, intelectuales de alta calidad, multitud de socialistas y de revolucionarios; pensadores cuyo aporte a la civilización ha sido esencial. Vale decir, que dividida socialmente como todas las naciones, la nación judía se ha distinguido en todos los dominios. Si se hace el recuento de los maestros del pensamiento del siglo XIX y de la primera mitad del XX causa asombro comprobar hasta qué punto los judíos han producido figuras incomparables cuya influencia ha sido y continúa siendo inmensa: así, Carlos Marx, el fundador del socialismo científico, Sigmund Freud, uno de los fundadores de la psicología moderna; Albert Einstein, el renovador de la física moderna y de la filosofía científica; León Trotsky, hombre de pensamiento y de acción... Otros nombres merecerían citarse igualmente aquí, como el del filósofo francés Henri Bergson, el del sociólogo Levy-Bruhl, el del escritor Stefan Zweig, el del crítico Georg Brandes... Se comete una injusticia al citar sólo algunos nombres; uno se da cuenta que el aporte de los judíos a la inteligencia de nuestro tiempo ha sido poderoso y fecundo.

Personalmente, he conocido a muchos judíos pertenecientes a todas las condiciones sociales. He conocido a unos que eran héroes y a otros, más que antipáticos; pero, en suma, todos eran inteligentes y activos.

2. Me parece que con referencia a los judíos, conviene emplear la palabra *nación* o pueblo antes que la de *raza*, porque

no hay ahora razas puras (a no ser que nos conformemos con las grandes divisiones de la especie humana en raza blanca, negra, amarilla y cobriza). La familia semítica comprende a los árabes, beduinos, etíopes, judíos; pero desde sus orígenes ha sufrido innumerables mezclas: los etíopes son negros o casi negros; los árabes, los beduinos y los judíos son blancos. Una tradición histórica y religiosa ha mantenido al pueblo judío a través de muchas conquistas y mezclas durante milenios. Ha existido en Rusia, sobre el Volga, a comienzos de la Edad Media un imperio cuzar, probablemente mongólico, que se convirtió al judaísmo. Hay poblaciones chinas, tártaras y otras que practican el judaísmo. En fin, después de la dispersión del reino de Israel, en el primer siglo de nuestra era, las colonias judías de Europa, del Medio Oriente y de América han sufrido tantas mezclas étnicas que hay tipos judíos rubios, rojos, castaños y negros que a veces son reconocibles y a veces no se distinguen de los otros tipos europeos. Hablar en este caso de discriminación racial es caer en el absurdo reaccionario adoptando una actitud anticientífica.

Quizá no sea superfluo recordar que la revolución espiritual y social que ha dejado más profunda huella en todo el desarrollo de la civilización europea ha partido de Judea, fomentada en sus orígenes por grandes judíos, de los cuales Jesús de Nazaret es el más conocido... Hablando esquemáticamente, los orígenes de nuestra civilización son greco-romanos y judaicos.

Otra consideración importante preséntase a favor de los judíos y tiende a explicar su gran capacidad intelectual. Es el único pueblo blanco que tiene igual que los hindúes y los chinos, una tradición civilizadora que se remonta a 4.000 años. Los pueblos blancos que fundaron las primeras civilizaciones de la Edad Media y del Mediterráneo no dejaron descendencia directa. En la época en que los judíos eran ya un viejo pueblo culto, dueño de una larga historia y de un pensamiento religioso que alcanzaba la filosofía monoteísta, los pueblos indoeuropeos no eran todavía más que pueblos primitivos.

3. El antisemitismo exige un análisis psicológico y social que no sabría esbozar aquí. Prácticamente, surgió en Rusia du-

rante la revolución de 1905, como un expediente de la reacción monárquica ansiosa de derivar contra una minoría religiosa sin defensa los instintos violentos de las masas ignorantes y miserables. *Los Protocolos de los Sabios de Sión* fueron fabricados deliberadamente por policías rusos, con el concurso de algunos visionarios. (Esta historia ha sido reconstruída en todos sus detalles). La función del antisemitismo nazi ha sido la misma; cuando el capitalismo alemán estaba en bancarrota, derivar el sentimiento anticapitalista de las masas hacia el capitalismo judío; derivar los instintos sádicos de una parte de las masas desorientadas hacia la agresión de una minoría sin defensa; crear una psicología irracional en un momento en que el pensamiento racional se hacía peligroso para los gobernantes; crear por la violencia, la expoliación y la masacre el lazo terrible de una complicidad criminal entre todos los participantes del antisemitismo (para cimentar su capacidad de resistencia); envilecer al hombre en general a fin de romper más fácilmente su oposición al régimen totalitario. Pues va de suyo que tras de haber humillado y asesinado al judío en la calle se vuelve fácil humillar y asesinar no importa a quién; creado el precedente, se impone un sentimiento de impotencia y de degradación; el *humanismo queda destruído*. El lado políticamente utilitario del antisemitismo nazi es todavía más evidente por el hecho de que el racismo hitleriano, al firmar una alianza con el Japón, abandonó la doctrina del peligro amarillo en que se basó el racismo germánico y notoriamente Guillermo II. El carácter contrarrevolucionario (antisocialista) del antisemitismo resalta asimismo del hecho que en Rusia, después de los sangrientos pogroms de 1905-1906 y las masacres de judíos de Ucrania por las bandas reaccionarias de 1918, la revolución victoriosa puso definitivamente fin al antisemitismo, sin verdadero esfuerzo y casi sin represión.

En Rusia, en Polonia, en la Europa ocupada, los nazis han exterminado mediante una organización científica de vagones asfixiantes, etcétera, muchos millones de judíos, es decir, de europeos trabajadores y bien dotados. (Tanto como pudieron los nazis *ocultaron al pueblo alemán* la amplitud de este crimen). Infligie-

ron de tal modo a Europa y al mundo civilizado un daño irreparable por largo tiempo. Al cultivar una ideología de exterminio irracional, han logrado despertar y movilizar en todo el mundo instintos sádicos que la civilización cristiana, la civilización científica, el humanismo europeo, el socialismo parecía haber dominado. Las consecuencias psicológicas y sociales de esta degradación del hombre moderno persistirán ciertamente mucho después de la liquidación del nazismo y del castigo de los culpables. Vale decir que en la lucha por la grandeza y la liberación del hombre, por un nuevo humanismo, el combate del antisemitismo consciente o no, será largo, difícil, incesante y constituirá uno de nuestros deberes más imperiosos.

12 Octubre 44, México.

Jean Malaquais

Marianka

Escucha, era un pequeñísimo pueblito, perdido en las negras tierras de la inmensa Ucrania, entre los brazos del Dnieper y del Pripet, su afluente en el límite oeste de la gobernación de Chernígov. Pueblito, si se quiere; pero más bien un conjunto de granjas cuya población alcanzaba en aquel tiempo a una treintena de habitantes. Verdad que su número era más alto antes de la guerra, quizá el doble... Pero con la guerra, la revolución, la escasez, los jóvenes y los hombres fuertes se fueron poco a poco y sólo quedaron en Marianka los viejos, las mujeres y nosotros los niños.

Eramos campesinos todos nosotros: tres familias judías, dos alemanas y algunas familias ucranianas. Mis padres habían llegado al país alrededor del año 90 junto a otros emigrantes que siguieron más lejos, hacia el Volga. Yo nací aquí y en aquella época, 1919, tenía cerca de quince años.

Eran tiempos confusos. Se hablaba de revolución, hambre, epidemias. Un día, el viejo Hans Kremmer, mi padre, recogió a dos campesinos desertores que fueron enganchados por la fuerza en una banda armada. Uno de ellos murió al día subsiguiente, a consecuencia del tétano que se le declaró en la pierna izquierda completamente helada. El otro, que se llamaba Kolenko, Mijail Kolenko, un colorín grandote de asustados ojos de cierva, nos contó que en noviembre de 1918 proclamóse un estado ucraniano occidental autónomo, con declaración de guerra a Polonia; que en diciembre del mismo año, el 14 creo, otra proclamación abolió el poder del atamán e instauró el Directorio. Nos contó también que íbamos a tener un país verdaderamente nacional e indepen-

diente cuya capital sería Kiev y que un rey que se hallaba en el extranjero vendría para hacer la paz. De hecho, el 3 de enero de 1919, hubo una "reunión de dos repúblicas ucranianas" que trajo como consecuencia la guerra en los dos frentes, oriental y occidental.

Sabemos hoy qué lugar ocupa en la historia este movimiento autónomo de 1918—1921, qué papel jugaron Alemania y los aliados. Pero nosotros, habitantes de Marianka, éramos muy refractarios a todos estos trastornos sangrientos, a la guerra en primer lugar, en seguida a la revolución y después a esta "independencia" que nada bueno nos presagiaba. Pequeños propietarios rurales, no veíamos más allá de los linderos de nuestros campos y odiábamos a las bandas armadas que periódicamente nos pillaban las cosechas y el ganado. "Nunca terminará esta maldición"... —gemía mi padre; después de lo cual se ponía a rebanar el tocino de un pernil suspendido del techo. Muy pronto terminaría esta maldición para él.

Aquel mes de febrero de 1919 fué muy penoso. El frío enconábase con vigor excepcional. Los famosos rápidos del Pri-pet, que nunca detenían su tumultuosa cabalgata, se helaban en las orillas como labios húmedos al viento. Lo mismo les pasaba hasta morir a los gallos y gallinas en los gallineros; y los lobos cercados por el frío rondaban en los alrededores de Marianka con un fulgor malévolos en sus ojos desesperados.

Era, pues, en el mes de febrero, un viernes por la tarde, a la caída de la noche. Yo me aprontaba para visitar a Rabí Melaj, cuya casa distaba de la nuestra poco más de cuarenta pasos. Me gustaba asistir a los misterios del recibimiento de la Novia,¹ a los ritos y cánticos del viejo Rabí. "Johan, no tardes en volver, pues los lobos se aventuran hasta Marianka" —fué la recomendación de mamá. "Claro, *multi*, estaré para la sopa", —la tranquilicé.

El más viejo de nuestro pueblito, hombre piadoso y simple, gran erudito del Talmud, gran comentador de los textos divinos, Rabí Melaj era el jefe religioso de la comunidad judía de Marianka, su rabino, su cantor, y su *schojet*². A él se dirigían en

caso de litigio o desacuerdo de cualquier orden así como para aclarar cualquier árido texto de la Ley, pues su juicio era tenido por infalible. Sus correligionarios veneraban en él a un hombre de Dios con toda la mística de santidad que tal reconocimiento implica en los judíos. Hombre hermoso, derecho aún, a pesar de sus setenta y dos años, el rostro largo encuadrado por una barba blanca y sedosa que le caía hasta la cintura— Rabí Melaj tenía una prestancia señorial. Casado en las postrimerías en terceras nupcias, después de haber enviudado dos veces sin descendencia, le nació —cuando ya tenía cincuenta y cinco años— una hija, Myriam. Verse privado de un hijo varón que dijera el *Cadisch*³ a su muerte había sido la gran pena de su vida. Sin embargo, la llegada de una hija cuando creía ya morir sin descendencia, transformó gradualmente esta pena en amor, ese amor total, fanático, de que sólo son capaces los padres judíos.

Era alrededor de las tres y media cuando entré en la casa de Rabí Melaj y obscurecía ya en la campiña. Su vivienda se componía de una pieza amplia, de otra más pequeña, donde la esposa del Rabí tenía instalado un almacén, y de una cocina. Era un ambiente agradable... La mesa que ocupaba el centro de la pieza principal estaba cubierta de un mantel blanco que lucía tres cubiertos cuidadosamente dispuestos. La mujer de Rabí Melaj, joven aún y muy agradable, trajo dos candelabros de plata maciza que colocó sobre la mesa. Prendió luego las velas, se recogió un instante, puso las palmas de sus manos por encima de la llama y velándose el rostro con los dedos, murmuró las oraciones. Rabí Melaj apareció de pronto, imponente, la suave sonrisa en el fondo de sus ojos dulces. Vestía según el hábito de los jassidim⁴: una larga túnica de seda negra que ajustábase a su alta figura, calzones cortos, medias blancas, zapatos de charol, lo coronaba un gran gorro forrado en piel de zorro. Se dirigió hacia mí, palmeándome afectuosamente en el hombro. "Así que amas de veras a la Novia que Dios envía a los hijos de Israel..." Asentí con la cabeza. El viejo hablaba un ruso magnífico, con el más puro acento de Petrogrado. Su talante respiraba nobleza; irradiaba una gran paz que impregnaba la atmósfe-

ra de una calma llena de sabiduría, tú comprendes, con algo muy bueno y muy grande. Su sola presencia creaba ese estado de fiesta, no el que caracteriza el alboroto y la bullanga, sino el que procura un regocijo íntimo, un bienestar suave, casi del todo espiritual. En verdad se trataba de una bella persona.

Myriam trajo dos panecillos sabáticos que colocó en el lugar de la mesa que correspondía a Rabí Melaj. Los cubrió con una servilleta rayada. Luego se sentó a la diestra de su padre y echóse las pesadas trenzas rubias sobre la falda. Tenía el rostro evalado de su padre, la nariz un poco arqueada y los ojos claros de su madre lo mismo que la boca fina y roja como el coral. Me sonrió inclinando la cabeza de lado y una de sus trenzas se deslizó sobre su mejilla. Sentí que la sangre se me subía a la cara y me volví fingiendo buscar donde sentarme. Divisé un banco junto a la pared que daba sobre un pasadizo oscuro que abría sobre Marianka. La dueña de casa trajo una botella de aguardiente y algunos vasitos licoreros y Rabí Melaj empezó a decir las oraciones.

Aunque esto no era del todo nuevo para mí, yo la miraba con los ojos bien abiertos. Los incomprensibles sonidos guturales que Rabí Melaj dejaba oír, las invocaciones que parecía arrancarse del fondo de su ser, el balanceo armonioso de su cuerpo, ejercían sobre mi espíritu una especie de sortilegio, un éxtasis beato. Mi imaginación vagabundeaba en los confines de la creación, escuchaba las lamentaciones de todo un pueblo en marcha por las arenas del desierto, asistía a ritos misteriosos inspirados —quién sabe por qué asociación de ideas— en los cuentos de Karl Mai. La luz vacilante de los candelabros dibujaba en el techo una monstruosa sombra movediza que a cada gesto del viejo se esparcía en lo alto con una rapidez inconcebible. He aquí que aquella sombra movediza que se esparcía de contrabando era la del mismo Satanás. Sacudido y atormentado por el canto del viejo, Satanás se retorció en sufrimientos peores que los del infierno. Asustado, yo seguía la sombra, preguntándome si no acabaría por vencer al viejo, envolverlo en su manto espeso, aspirárselo y vo-

lar con él dando gritos salvajes de alegría. Pero en seguida miré a Rabí Melaj, vi su mano fina en los pelos blancos de su barba y leí en su frente una calma tan perfecta que el resultado del duelo se me hizo de pronto evidente: el bien vencería al mal.

Muchos años después de su muerte me atormentaba aún a causa del gran equilibrio de su vida interior, de la salvación personal que parecía haber alcanzado definitivamente. Si su imagen me obsesionaba a tal punto, era porque lo vi morir como vivió, libre de todo tormento, de toda duda. Así era él; nunca la duda afloró en su alma. Era dueño de sí en todo momento y esta posesión explicábale el universo y su devenir: todo lo demás fuera de su salvación personal era vanidad. Pero me aparto de mi relato...

Escuchando salmodiar a Rabí Melaj, perdía yo la noción de lugar y de tiempo. No había nada particularmente bello en ese canto entrecortado, de ritmo indeciso; pero la entonación de su voz y la consonancia misteriosa de las palabras excitaban mi imaginación y poblaban mi espíritu de visiones paradisíacas. Los gestos rituales que ejecutaba al bendecir los panes eran para mí la invocación de danzas primitivas del nacimiento de los siglos, y cuando cantaba:

Yom zé mékhubad mi kol haiomim

Me parecía que Dios mismo vendría a sentarse entre nosotros. Las imágenes brotaban del cántico, una inspiración natural me llegaba de los salmos, embriagadora. Yo también cantaba, un canto mudo de los bosques, de los arco-iris, de las barcas que se mecen en el mar, de las flores que se miran en el sol. Nosotros éramos los cantores del mundo.

Había transcurrido una hora y media más o menos, y yo me preparaba para retirarme, cuando un agudo grito de mujer rompió el aire, desgarrante de angustia; penetró en la pieza a través de muros y ventanas, simultáneamente a todas partes. Era largo, sostenido, como si poseyera longitud material palpable. En seguida casi tropezaron pies en la obscuridad del pasadizo y la

puerta cedió a un golpe brusco. Un hombre apareció y se quedó inmóvil con las piernas separadas en sus altas botas, la *papaha*⁶ echada sobre la nuca, en la mano derecha una pistola automática. Se adivinaban otros hombres detrás de él, disimulados en la sombra.

Con ellos el negro viento norte invadió la habitación. Temblé. Pero vi a Rabí Melaj levantarse suavemente. Extendió el brazo como en un saludo romano y dijo:

—La paz sea con vosotros.

El hombre del revólver miró al viejo, paseó una mirada circular sobre todos nosotros, deteniéndola en las mujeres, y volvió a posarla en los ojos de Rabí Melaj. Con un gesto de su brazo armado llamó a sus compañeros y entró seguido de seis hombres en la habitación. Dijo:

—Guerrilleros voluntarios del atamán Petlura que combaten por la independencia de Ucrania.

—La paz sea con vosotros, repitió Rabí Melaj.

La puerta había quedado abierta en la helada noche ártica. El campo era de un negro espeso lo mismo que el viento que sacudía los árboles. Me levanté para cerrar la puerta; pero una bofetada me arrojó al suelo a todo lo largo que daba. Myriam lanzó un grito que ahogó con la mano. Rabí Melaj corrió la mesa y vino en mi ayuda para levantarme.

—Vamos, no será nada, Yaniki, levántate... No te has hecho daño, Yaniki...

Me volví a erguir penosamente. Tenía la mejilla, el ojo y la oreja derechos como un fuego. El suelo desaparecía bajo mis pies y me parecía que todo zozobraba en las olas de un mar encrespado. Sentía la lengua pastosa. Y al escupir, un diente quebrado rodó al suelo.

Rabí Melaj hizo como que sacudía mi chaqueta.

—Tu querías cerrar la puerta, Yaniki... ¿Por qué no lo dijiste?... Espera, yo voy a cerrarla.

Se dirigió hacia la puerta, mas antes de alcanzarla un puñetazo en el vientre lo dobló. Estuvo a punto de caerse; pero se recobró desesperadamente, afirmándose en la mesa. Su mujer y

su hija se precipitaron y mientras la primera sostenía al viejo, Myriam le alcanzó una silla. Lloraban aturridas y aterrizadas, sin atreverse a pronunciar palabra, ni mirar a los intrusos que no habían abierto la boca. A través de las lágrimas que me nublaban la vista yo miraba a los siete hombres despatarrados. El primero en entrar, que parecía ser el jefe tenía unos treinta y cinco años, era alto y muy fuerte, la *papaha* que llevaba sobre la nuca descubría una frente testaruda, hinchada y un pelo rubio, áspero y duro como haces de trigo. Apenas se distinguían sus ojos profundamente hundidos en las órbitas. Una barba de varios días rojeaba en la parte inferior de su mentón. Eché una mirada furtiva a sus compañeros: todos parecían salir del mismo crisol. Ataviados en forma abracadabrante, metidos en vestones y chalecos muy cortos o muy largos, estaban rotos y sucios. Algunos carecían de botas de montar y llevaban envueltas las piernas en trapos roñosos y mal ajustados. Sólo su armamento no dejaba nada que desear.

Nos llegaban ruidos desde afuera, otro grito de mujer; el estruendo de una vajilla rota, el relincho de un caballo. En seguida, pasos en la nieve. En el rectángulo recortado por las sombras de la puerta abierta se dibujaron dos siluetas. Un hombre entró en la habitación y se dirigió al jefe. Conferenciaron un instante en voz baja, lacónicamente, con monosílabos.

Al terminar el pelirrojo acercóse a la mesa, se llenó un vaso de aguardiente que se tomó de un trago. Examinó el vaso a la luz de las bujías, chasqueó la lengua y volvió a servirse. Una y otra vez repitió la maniobra atentamente contemplando siempre lo que quedaba en la botella. Después de vaciar la mitad se la pasó a sus hombres junto con el vaso en que había bebido. Estos se sirvieron por turno, rápidamente, con la cabeza echada hacia atrás.

El jefe recogió la pistola que había dejado en la mesa y fingiendo examinar el arma, preguntó:

—Bucno?

—Bueno, respondieron los otros, moviendo los pies.

Sin cambiar de entonación, agregó:

—Así que, hijo de perro, mientras tú bebes del buen vodka, nosotros luchamos contra los bolcheviques?... Alma de puerco, tú estás con los bolcheviques, ah? Todos los judíos lo están, no...

Empuñó la barba de Rabí Melaj y sacudió violentamente al viejo que lo miraba con sus ojos límpidos. Ni una queja escapó de su boca. Las mujeres se abalanzaron sobre los brazos del torturador; pero de un golpe violento las botó a ambas. Los otros rieron con risa franca, jocunda, las miradas puestas en las polleras revueltas de las mujeres. Olvidando el miedo y el dolor me precipité para ayudarlas a incorporarse. Ellas temblaban como hojas de abedul.

—Necesito diez mil rublos antes de una hora si no... escandió el hombre. Y sin soltar la barba del viejo, atrajo el rostro del Rabí hacia el suyo, fijos sus arrugados ojos de topo en los desmesuradamente abiertos de su víctima, y repitió dos o tres veces: "Diez mil rublos... Diez mil rublos..." Con el cañón de su pistola tamborileó en la nariz del viejo y con su aliento pasado a vodka, bufó aun hacia el rostro del Rabí a él tendido: "Mientras no los tengan esos perros sarnosos de bolcheviques... Y ahora a darnos de comer y de beber..."

Aflojó el puño. Rabí Melaj quedó todavía sentado un momento al borde de la silla, la cabeza echada hacia atrás, en la posición que le había impuesto el puño del otro. El pelo de su cuidada barba estaba revuelto, despeinado. Pesadamente, se irguió, muy recto, la mano fina y huesuda apoyada en la mesa. Sólo ahora empezaba a manifestarse la reacción contra la violencia que acababa de sufrir. Vi cómo sus manos empezaron a temblar intensa, convulsivamente. Pero nada alteraba la serenidad de su rostro. Sus labios empezaron a moverse imperceptiblemente, luego más abiertamente y por fin oí su modulación: *Chema Israel Adonai Elohenu Adonai Ejod*⁷... Tras mis frecuentes visitas a casa del padre de Myriam, me había asimilado numerosos ritos y plegarias; Rabí Melaj decía el *Thilem*⁸.

Myriam y su madre se atareaban febrilmente. En un abrir de ojos llenaron la mesa con todo lo mejor que contenía la despensa. Su precipitación tenía algo de trágico y punzante. Locas

de angustia corrían en un ir y venir desordenado, los brazos cargados de manjares y botellas, dando contra muebles y paredes, temblando como gorriones en la nieve de este febrero cruel. Rabí Melaj rezaba.

El hombre que había quedado afuera entró a su turno en la habitación y fueron nueve los que allí se atracaron como lobos famélicos. De seguro, no habían comido desde hacía veinticuatro horas, por lo menos. Y no bien una botella era vaciada, un hombre la cogía por el gollete y de un golpe seco la rompía contra una esquina de la mesa; pronto la habitación estuvo toda sembrada de trozos de vidrio.

La puerta seguía abierta como la de un albergue de relevo donde se bebe una copa entre dos diligencias. El invierno había invadido la *izba* con su frío agudo que punzaba y entumecía. Una inacostumbrada y extraña actividad traicionaba a Marianka. Insólitos ruidos llegaban a nuestros oídos: crujir de pasos, lejos, sobre la dura nieve de la llanura blanca; risas groseras y como congeladas, que la pureza del aire enrarecido hacía próximas; pistoletazos que repercutían como pelotas rebotando; luego, remota, una canción de cuna, vieja como la tierra, cantada por la voz suave de un borracho. "Serás como un *bogaty*⁹, con el alma de un cosaco...", era su estribillo.

—¡Mijail Kolenko fué hallado!

Como un ciclón un hombre atravesó el umbral. Los otros cesaron de atracarse; la boca llena, el codo alzado, el vaso a la altura de los labios.

—¡Qué!... dijo el jefe, ¡qué!...

Su voz era casi acariciante. Se frotó el mentón con suavidad

—Estaba escondido en el sótano de un campesino, pero no dimos con Mateiko. También ha de estar escondido en algún sótano

—¡Traedme a Kolenko! ¡Y buscadme al otro canalla!

El hombre dió media vuelta y se perdió en las tinieblas frías de Marianka. De nuevo el jefe se puso a beber, chupando con lentitud e inflando las mejillas antes de tragar. Pasó su mirada

sobre nosotros y sobre sus compañeros con una sonrisa en la comisura de su boca sensual. Seguía acariciándose la barba espínuda con el dorso de la mano y de cuando en cuando eructaba largamente, a gusto. Pronto sonaron pasos en la tierra congelada y dos hombres aparecieron escoltando a Mijail Kolenko. Tenía los brazos amarrados a la espalda.

Aunque la luz de los candelabros era débil, los ojos asustados de Kolenko pestañearon al mirar a su alrededor. Vi que palidecía cuando reconoció al jefe. Sus largos brazos de gigante intentaron zafarse. Alguien le asestó un puñetazo en la espalda y fué a dar contra la mesa. En ese mismo momento la mano armada del jefe cayó sobre su rostro. La culata del revolver partió la cara del prisionero desde la frente hasta el mentón. Brotó la sangre y el chorro cegó al hombre que lanzó un aullido de dolor. Retrocedió; pero unos brazos listos lo volvieron adelante. Lloraba como un niño al que se castiga.

—¡Ah, te pescamos!... dijo el jefe. ¡Querías escaparte, carroña!... ¡Ah, querías escaparte!...

Su voz tenía el acento meloso del que pregunta por la salud de tus padres. Era dulce y arrastrada como los dialectos meridionales.

Otra vez golpeó el rostro del prisionero con la culata de su arma. Lo hubiera ultimado si éste no se aparta de un salto. Asimismo el metal le voló la punta de la nariz. El hombre aulló, cayendo de rodillas. Con el tronco inclinado hacia adelante se balanceaba de izquierda a derecha, mientras corría la sangre de sus heridas. Los otros estallaron en risas, regocijados con el espectáculo de un hombre grandote que se retorció como un gusano, ante un miserable trozo de nariz.

Cuando vuelvo con la imaginación a ese maldito lugar de Marianka bajo el dominio de los voluntarios de Petlura, oigo aun aquella risa poderosa, ora apestando a vodka, ora enronquecida de placer. La oigo. No hay maldad en ella; es la risa franca y espontánea que nace ante la tortura y la sangre de un hombre que aulla de miedo. Y es que la vida no tiene para ellos ningún valor, ni la propia ni la de los demás, y lo que no se beba o

bese en el momento quizá no se beba ni se beba jamás. Naturalmente, simplemente, de humano sólo tenían lo inhumano.

La mujer de Rabí Melaj se sintió mal. Mientras Myriam desolada corría en busca de nuevas botellas de aguardiente, el viejo Rabí y yo atendíamos a la enferma. No obstante todos sus esfuerzos, ella no pudo sobreponerse a una crisis nerviosa que la sacudía como un acceso de fiebre. Un espasmo desgarrador escapábase de su garganta entremezclado de hipos violentos que le subían del estómago a la boca. De pronto vomitó abundantemente en una arcada que la arrojó de la silla. Y de nuevo no pudo reprimir las entrañas que se le salían por la boca. Se retorció de dolor y de vergüenza. Rabí Melaj, Myriam y yo permanecíamos impotentes y perplejos ante ese espectáculo sin nombre de la pobre mujer sensible, cuyo atavío simple y correcto estaba tan innoblemente manchado. Le hicimos tomar un trago de agua y la limpiamos; pero esto no la alivió. Seguía hipando y a cada hipo sacudíase profundamente. Los caballeros de la independencia de Ucrania chupaban vodka y reían.

—¡Eh, judío!...

Rabí Melaj levantó la cabeza. En la mirada del viejo brillaba la inmensa serenidad de los antiguos mártires. Lo que acababa de suceder y lo que sucedería era lo ordenado.

—¡Acércate!

El viejo no respondió. Siguió mirando como si el llamado no le concerniera. Tuve miedo por él. “Vaya, rabí Melaj, vaya...” —le susurré. Posó su mano sobre mi cabeza y me atrajo ligeramente para acariciarme la mejilla. Me pareció que una lágrima se deslizaba a lo largo de su rostro pálido.

—¡Acércate, judío! —repitió el héroe. Y como Rabí Melaj siguiera sin contestarle pegó un puñetazo en la mesa:

—¡Acércate, hechicero o te arranco la barba! Tienes una hermosa barba de... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!...

Reía sonoramente. El vaso en la mano izquierda, el revólver en la derecha, se desternillaba de risa con numerosas interjecciones que contagiaban su buen humor a sus compañeros. Olvidado de todo, yo los miraba fascinado y aturdido. ¡Cómo reían! Nun-

ca como entonces tuve a tal punto la sensación de que "la risa desarma". Parecían exentos de toda preocupación, de cualquier cuidado. Niños grandes, curtidos y rudos, inocentes hasta en su crueldad. O quizá hombres retrogradados a un primitivismo cavernario, que reían lo mismo que mataban —ni más ni menos. Reír, lo mismo que matar, era para ellos una función natural, instintiva, como comer, beber, maldecir.

A los pies del jefe, Kolenko seguía sangrando y gimiendo en medio del balanceo de su corpachón amarrado. El aguardiente que los hombres no dejaban de tomarapestaba el aire. Uno podría creerse en una destilería. Los vapores insípidos y dulzones del alcohol embotaban los cerebros y mezcladas a las risas se oían aquí y allá frases incoherentes, con más frecuencia alguna bravata monumental, innocua en su tremenda necesidad. Uno de ellos se puso a cantar a la sordina con voz no muy desagradable una vieja canción de piedad y de amor. La terminó con un juramento contra un Michka cualquiera, real o imaginario. Otro recogió la canción, la misma, aunque más fuerte, la botella en la mano indecisa, la voz enronquecida por el vodka y la bestialidad. Como el anterior la terminó blasfemando innoblemente. Huraño, contempló la botella y de pronto gritó, aullando como un lobo, hasta volcar todo el contenido de sus pulmones en las cuerdas vocales. Los ojos revueltos, los dientes amarillos brillando en un rictus de la boca; me pareció un dios del mal que clama por la devastación del mundo.

El esfuerzo le hizo perder el equilibrio. Osciló, de pie, como un árbol minado que gira en torno de su eje antes de abatirse. Con las piernas en tijera, echó atrás la cabeza, se metió entero el gollote de la botella en la boca y bebió con la verdadera sed del desierto. El alcohol glogloteó en su garganta indefinidamente. Bebía, cerrados los ojos, terriblemente pálido, en prominencia el triángulo de la nariz. La presión de la botella era excesiva. El aguardiente desbordaba por ambos lados de la boca e iba a perderse en pequeños hilos por el cuello de la chaqueta. Retuvo el último trago, se enjuagó los dientes y lo escupió con ruido de

pedorrera. Unas gotas me dieron en la cara. El borracho contempló de nuevo la botella, vacía ya, y la lanzó con furia hacia nosotros.

El pesado casco de la botella golpeó en la sien a la mujer de Rabí Melaj. Durante un segundo, la mujer siguió tiesa, pero de pronto el hipo se le fué, como arrebatado con la mano. En seguida ella se inclinó suavemente y antes de que pudiéramos sostenerla, rodó al suelo arrastrando en su caída al mantel que cubría la mesa. Platos, vasos, botellas, candelabros, se vinieron abajo con el ruido de un escaparate saqueado. Los vidrios de la ventana volaron hechos añicos y cuanto podía verse fué ahuyentado por las tinieblas impenetrables.

Entonces todo se volvió alucinante. La noche opaca en torno fué como una garra en nuestros cuellos. De repente, los hombres callaron angustiados por ese frío y esas tinieblas que llegaban del fondo de la campaña desolada. El espacio y la realidad se esfumaron como si un muro se hubiese desplomado sobre la inmensidad. Con la rapidez del relámpago entró en mi espíritu la visión del fin del mundo, una visión ciega, colmada, monstruosa y caótica, una masa enorme como la tierra que se requiebraja en todas sus juntas, que se disloca y que se abisma.

Sólo había transcurrido un segundo desde que los candelabros cayeron de la mesa y parecía que duraba horas ya ese negror de agonía y ese silencio en torno del negror. Una ráfaga de aire helado me atravesó de punta a punta hasta los huesos. Me empezaron a castañetear los dientes y todo mi cuerpo tembló irresistiblemente. Sentí un deseo incontenible de huir, de escapar a través de la campaña muerta. Siempre delante de mí, desesperadamente. Quise avanzar. Pero tenía las piernas paralizadas, como aferradas al suelo. Los hombres no se habían recobrado aún. Hasta las respiraciones estaban ensordecidas por ese silencio que imponía una psicosis de terror invencible. Lancé un grito que ahogué enseguida. La sangre me golpeaba en las sienes y ese silencio que se me metía en la garganta y me estrangulaba era como una decidida mano de hombre. A pesar mío, grité una vez más.

Después oí primero pies que se removían, y, traído por el viento salvaje, los cantos de algunos borrachos. Luego el jadeo contenido de un hombre en pleno esfuerzo. Alguien dió contra la mesa con todo su cuerpo, la esquivó y volvió a golpearse. Oí el arrastre de unas botas sobre el suelo, piernas que giraban y se entrechocaban y siempre ese jadeo contenido como el de un caballo que trepa. Alguien luchaba en las tinieblas.

De repente un pétalo de fuego crepitó en un ramillete de chispas. Lamió el cielorraso, hizo señas a otro y se pusieron a danzar en el techo. Un tercero fué a juntárseles y en seguida otro y formaron como la corola de una flor bogando en la noche, suspendida del cielo por velos de fuego. El viento que galopaba por el campo bailó en torno de la flor, silbó alegremente, la recostó abrazándola. Ella le respondió con un chasquido, le dió un pétalo y él se lo llevó galopando siempre. Juntos se posaron sobre una granja próxima y en seguida se multiplicaron, ondulantes como las hebras de una cabellera desparramada. La bóveda hermética del cielo se coloreó de placer y toda la campiña se puso a bailar con un ritmo de fuego y sombra.

En el día que así sobreviví pude ver al hombre que daba vueltas con las piernas trabadas. Era Kolenko que intentaba huir. Había entrevisto al resplandor la puerta y se abalanzó hacia ella de cabeza, con todo el peso del cuerpo hacia adelante. Un balazo lo alcanzó en la nuca. Cayó de cabeza, el rostro aplastado contra el umbral que no pudo franquear. Sus brazos amarrados se contrajeron y quedaron rígidos como estacas enterradas. La cuerda que los unía crujió hasta ceder. Entonces se deslizaron a lo largo de su cuerpo como ramas muertas. Un hombre carraspeando desde el fondo de su garganta quemada por el vodka, lo cubrió de un escupitajo.

Todos se volvieron. Todos rieron de nuevo con una risa que los sacudía como ramas de sauce bajo el viento que canta; una risa que sabía al fuego, al ruido blando de la bala y al escupitajo. El fuego estaba en ellos, les agitaba la sangre, les producía vértigo, ante la proximidad y la sed del fuego.

Entre varios prendieron fuego a una cama, luego al mantel saturado de vodka. Después con la paja del jergón dieron fuego al viejo aparador que lucía reflejos de plata. Las llamas saltaban al techo, se unían y separaban, husmeaban, parecían asentirse mutuamente tras de chisporrotear, echar humo y morderlo todo con gran apetito. "Os asaréis como piojos", nos habían gritado. "Buena suerte", y no dejaban de reír y de gritar con alegría. "Atención a los pelos de la barba, se van a chamuscar. Se rogará por tu alma, cuervo blanco. ¡Ja, ja, ja!" Pisoteando el cuerpo de Kolenko se fueron por el pasadizo. Quedamos nosotros tres con el cuerpo de la mujer, el de Kolenko, además del fuego —un exceso de fuego ya! Casi en el momento en que los hombres abandonaron la pieza, el fuego alcanzó el banquillo. Una llama como persiguiéndolos los acompañó por el pasadizo, bloqueando la puerta. Lamió la cabeza de Kolenko, se alejó para volver con más ímpetu y esta vez la acarició, luego la envolvió en su espiral, la rodeó y la tostó suavemente. Un fuerte olor a cuerno quemado se esparció por el aire y la cabeza parecía moverse con su cabellera envuelta en un halo de oro.

Fuí el primero en recobrarne. La hoguera se hacía intolerable. Un minuto más y ardeíamos como Kolenko. Grité:

—¡Rabí Melaj, salvémcnos!

Pero el viejo seguía inclinado junto al cuerpo de su mujer, los ojos muy abiertos, en los que las llamas danzaban locamente. Myriam yacía atravesada sobre su madre sin que la sacudiera un sollozo; una viva crucificada sobre una muerta.

Los ojos se me salían de las órbitas. Me parecía que mi piel se agrietaba y se desprendía como la escama de un pez. Un golpe de tos me rompió los pulmones. El humo y el calor eran mortales. Tomé al viejo por los hombros y lo sacudí:

—¡Rabí, se va usted a quemar vivo! ¡Sálvese! ¡Sálvese!
¡Myriam! ¡Myriam!

El anciano se deslizó de mis manos y fué a caer sobre su hija. Sus labios murmuraban preces. Los pelos de su barba se doblaban como la hierba en el crepúsculo. Aullé:

—¡Rabí! ¡Rabí! ¡Myriam!

El fuego crujía como las coyunturas al quebrarse. El viejo no contestaba. Sentí que me iba a convertir en una antorcha y arder como un leño seco. Con un último esfuerzo tomé el brazo de Myriam para atraerla. Quería llevármela, no quería que se quemara, que dejara de vivir. Sólo entonces ví el cuchillo clavado en su garganta y la sangre sobre su claro vestido de fiesta.

Ignoro de donde saqué fuerzas. Pero me arrojé de cabeza hacia la ventana con todo el impulso del cuerpo y salí por ella como un proyectil. Fui a dar sobre un montículo de nieve que Rabí Melaj había juntado ahí cuando hizo los preparativos para recibir a la Novia.

Una ráfaga de aire puro reavivó mis sentidos. Marianka se iba en un despliegue de fuego, en gritos de alegría y en gritos de horror; gritos estridentes que ascendían a lo alto del cielo y gritos roncros y groseros que rasaban el suelo. María Baranko, una vieja de sesenta años, saltaba, completamente desnuda, en un charco de nieve fundida. Un hombre detrás de ella le daba patadas en los riñones. "¡Baila, carroña, baila pues!" Ella bailaba, encogiéndose primero una pierna y luego la otra; los senos secos como pescado salado, golpeándole el vientre a compás. "¡Ja, ja, ja!" reía el hombre, y le daba puntapiés en las nalgas escuálidas. Otros hombres corrían, hacían fuego, acuchillaban y reían. Un hombre se destacó al resplandor de una llama enorme como la sombra que proyectaba ante sí. Tenía tomado de los pies a una criaturita, que gemía desnuda, la cabeza hacia abajo. El hombre se inclinó sobre su carga, presionó un poco el cuerpecito como para probar su resistencia, y en seguida lo hizo girar por encima de su cabeza, y, hecho un remolino, lo lanzó. El cuerpecito partió como piedra lanzada desde una honda, describió un arco, y fué a estrellarse contra un muro en llamas. Durante un segundo el hombre permaneció rígido por el esfuerzo, luego lanzó una carcajada formidable. Y se volvió con los músculos en acecho. Como quien cierra la mano sobre una mariposa, atrapó de rondón a una mujer que corría. Dobló el cuello de su presa para verla

mejor y comprobó que era vieja. De un cuchillazo le abrió la garganta. Tenía siempre igualmente formidable la risa.

Perseguido por esa risa, perseguido por la imagen de la pequeña cosa desnuda que describió un arco bajo el cielo malva de la noche, eché a correr adelante con todas las fuerzas, con todas las fuerzas de la vida.

Al alba, un destacamento de soldados rojos encontró a un adolescente medio muerto de frío en un surco de tierra helada.

Marianka no existía ya.

- 1 El Viernes al anochecer que señala el comienzo del Sábado, es acogido entre los judíos piadosos con gran regocijo como la llegada de la novia a casa de su prometido.
- 2 El que sacrifica las reses de acuerdo con los ritos.
- 3 Plegaria que el descendiente masculino dice por el reposo del alma de sus padres.
- 4 Secta judía ortodoxa.
- 5 «Este día es bendito entre todos los días».
- 6 Gorro de pieles.
- 7 «Escucha Israel nuestro Dios es uno» (único).
- 8 Plegaria de los moribundos, equivalente al *Requiem*.
- 9 Héroe legendario de la Rusia medioeval, virtuoso y caballeresco.

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL FRANCÉS POR KATUCHA.

Gustav Regler

Los niños del ghetto

*Descansan junto a las alambradas
y se arrancan las páas como quien se descostra
heridas que nunca cicatrizan.
Tienen los ojos desmesuradamente abiertos de asombro
y es terrible el silencio de sus bocas pálidas.
Las infantiles frentes están veladas por las sombras
de las ametralladoras.
Miran con ansia que corta como navaja
a los pájaros negros roturar la nieve del campo
en busca de raíces heladas.
El tiempo es como el viento; una ciega lamentación.
Una y otra vez llega un tiro desde el bosque
que abate a un niño;
su hambre le ha señalado el camino
a través de la angustia y de las alambradas.
Y el tiempo es un círculo de púrpura en la nieve.
Pero ya al día siguiente el arco se desvanece,
y a través del reducto gris sopla el viento
que ha de soplar siempre.*

*Después llegó la mañana tras un largo tiroteo;
pero ningún disparo silbó en el campo miserable.
El viejo Rabí que se está muriendo
se incorpora en su jergón
alto como una montaña.
"Ha llegado el día", dice al horizonte
y parece tenderle la mano al cielo.
En la sangre de los niños estalla de pronto un canto
y cobran calor sus mojados pies.*

B A B E L

*De repente cruje en la lejanía el portón
derribado por aquel hacha que se llama alegría,
el Rabí cae muerto.*

*Cuando lo amortajan encuentran entre algodones
grises de mugre como la piel del vero
una trompeta.
La había salvado desde la libertad
hasta esta prisión.
¡La trompeta del Día del Perdón!
la trompeta que había clamado tantas veces
por el redentor que nunca llegó;
la trompeta de la paciencia y de la temeridad;
la trompeta de una esperanza vacía.
Un joven Rabí la tocó a mediodía
cuando sólo un fino halo de pólvora
colgaba aún en rededor de sus chozas.
Sonaba como el canto de la alondra
cuando se precipita con júbilo en el abismo
del cielo.*

*Se ha ido el invierno
y muertos están los cazadores verdes
abierto está el portal
y el campo se ha vuelto Sión.*

*Se ha ido el invierno
y podemos tumbar por fin al viejo árbol
que se burlaba de nosotros cuando teníamos frío
y que nos vedaron tocar.
Ahora nos calentará por fin.*

*Se ha ido el invierno
y abandonamos nuestras cabañas;
entre sus maderos podridos
el gusano de la muerte
nos daba las mil horas glaciales.*

Esta vez nuestro Egipto fué gélido
 las plagas nos golpeaban desde todas partes.
 Éramos kulaks para los del Este,
 éramos judíos para los del Oeste.
 Ahora en sus manos los báculos
 se vuelven sierpes constrictoras.
 Ahora el campo se abre ampliamente
 y el portón se separa
 como las olas del Mar Rojo.

Entonces llamamos a nuestros hijos
 y sin temor les hacemos la pregunta promisoras:
 "¿En qué se diferencia esta noche
 de todas las otras noches?"

Y los niños que crecen de nuevo
 como crece la hierba después de la tormenta,
 los niños que hacían avergonzarse a los grandes
 desde el comienzo de este suplicio,
 cantan con sus voces delgadas;

"Porque mamá sonríe por vez primera
 y porque el portón está abierto
 como la portezuela de un tren
 listo para partir,
 y llegan blancas señoras
 y nos traen chocolate que jamás vimos antes
 y porque habrá torta de manzana
 esta noche
 y una frazada para cada uno, según dicen.
 Porque los hombres verdes no volverán
 porque no hemos de ir más hacia las horcas
 ni abalanzarnos sobre los hombres
 que ellos habían cogido.

Para ellos estarán sucios los pozos,
 no para nosotros.
 En sus ojos se posarán ahora las moscas
 como ardientes lágrimas negras.
 Ahora las ratas visitarán sus sueños
 y los escuerzos caerán en sus platos
 como en Egipto.

Ya los hombres verdes yacen en la nieve
 y no se mueven,
 una roja luna de sangre sale de sus cabezas.
 Como torvas montañas estuvieron sobre nosotros
 cinco años eternos.

Como puños estaban sus cabezas sobre nosotros
 cinco años eternos.
 Más hondo que las estrellas cayeron.
 Sus rostros se ha comido la nieve.
 ¡Así les entierre el cielo
 en su nieve!
 ¡Así, tenga el cielo lástima de ellos!
 Porque nosotros no la tenemos".

De este modo cantaron los niños judíos
 el día de su liberación.
 Copos de nieve se derretían en el aliento de los niños que cantaban.
 Copos de nieve cubrían a los muertos.

José Carlos Mariátegui

El renacimiento judío

En el décimoquinto aniversario de la muerte de Mariátegui reproducimos como homenaje a su memoria esclarecida esta introducción de su artículo sobre Semitismo y antisemitismo, escrito en 1925.

Uno de los fenómenos más interesantes de la post-guerra (*) es el del renacimiento judío. Los fautores del sionismo hablan de una resurrección del pueblo de Israel. El pueblo eterno del gran éxodo se siente designado, de nuevo, para un gran rol en la historia. El movimiento sionista no acapara toda la actividad de su espíritu. Muchos judíos miran con desconfianza este movimiento, controlado y dirigido por la política imperialista de Inglaterra. El renacimiento judío es un fenómeno mucho más vasto. El sionismo no constituye sino uno de sus aspectos, una de sus corrientes.

Este fenómeno tiene sus raíces próximas en la guerra. El programa de paz de los aliados no pudo prescindir de las viejas reivindicaciones israelitas. El pueblo judío era en la Europa Central, donde se concentraban sus mayores masas, un pueblo paria, condenado a todos los vejámenes. La civilización burguesa había dejado subsistente en Europa, entre otros residuos de la Edad Media, la inferioridad jurídica del judío. Un nuevo código internacional necesitaba afirmar y amparar el derecho de las poblaciones israelitas. Inglaterra, avisada y perspicaz, se dió cuenta oportuna de la conveniencia política de agitar, en un sentido favorable a los aliados, la antigua cuestión judía. La declaración Balfour proclamó en noviembre de 1917 el derecho de los judíos a establecer en la Palestina su hogar nacional. La propaganda wilsoniana robusteció, de otro lado, la posición del pueblo de Israel. El papel representado en la guerra y en la paz por los Estados Unidos —la nación que más liberalmente había tratado a los ju-

* Se refiere a la otra.

díos en los tiempos prebélicos— influyó de un modo decisivo en favor de las reivindicaciones israelitas. El tratado de paz puso en manos de la Sociedad de las Naciones la tutela de Israel.

La paz inauguró un período de emancipación de las poblaciones israelitas en la Europa Oriental. En Polonia y en Rumania, el Estado otorgó a los judíos el derecho de ciudadanía. El movimiento sionista anunció a todos los dispersos y vejados hijos de Israel, la reconstrucción en Palestina de la patria de los judíos. Pero la resurrección israelita se apoyó, sobre todo, en la agitación revolucionaria nacida de la guerra. La revolución rusa no sólo canceló, con el régimen zarista, los rezagos de desigualdad jurídica y política de los judíos: colocó en el gobierno de Rusia a varios hombres de raza semita. La revolución alemana, con la ascensión de la social-democracia al poder, se caracterizó por la misma consecuencia. En el estado mayor del socialismo alemán, militaban, desde los tiempos de Marx y Lassalle, muchos israelitas.

Tanto la política de la reforma como la política de la revolución, se presentaron, así, más o menos conectadas con el renacimiento judío. Y esto fué motivo de que la política de la reacción se tiñese en todo el Occidente de un fuerte color antisemita. Los nacionalistas, los reaccionarios, denunciaron en Europa la paz de Versalles, como una paz inspirada en intereses y sentimientos israelitas. Y declararon al bolchevismo una sombría conjuración de los judíos contra las instituciones de la civilización cristiana. El antisemitismo adquirió en Europa, y aún en Estados Unidos, una virulencia y una agresividad extremadas. El sionismo, simultáneamente, en el ánimo de algunos de sus prosélitos, se contagiaba del mismo humor. Trataba de oponer a los innumerables nacionalismos occidentales y orientales un nacionalismo judío inexistente antes de la crisis post-bélica.

Para un observador objetivo de esta crisis, la función de los judíos en la política reformista y en la política revolucionaria resultaba perfectamente explicable. La raza judía, bajo el régimen medioeval, había sido mirada como una raza réproba. La aristo-

cracia le había negado el derecho de ejercer toda "profesión noble". Esta exclusión había hecho de los judíos en el mundo una raza de mercaderes y artesanos. Había impedido al mismo tiempo, la diseminación de los judíos en los campos. Los judíos, obligados a vivir en las ciudades del comercio, de la usura y de la industria, quedaron solidarizados con la vida y el desarrollo urbanos. La revolución burguesa, por consiguiente, se nutrió en parte de savia judía. Y en la formación de la economía capitalista les tocó a los judíos, comerciantes e industriales expertos, un rol principal y lógico. La decadencia de las "profesiones nobles", la transformación de la propiedad agraria, la destrucción de los privilegios de la aristocracia, etc., dieron su puesto dominante en el orden capitalista al banquero, al comerciante, al industrial. Los judíos, preparados para estas actividades, se beneficiaron de todas las manifestaciones de este proceso histórico que trasladaba del agro a la urbe el dominio de la economía. El fenómeno más característico de la economía moderna —el desarrollo del capital financiero— acrecentó más aún el poder de la burguesía israelita. El judío aparecía, en la vida económica moderna, como uno de los más adecuados factores biológicos de sus movimientos sustantivos: capitalismo, industrialismo, urbanismo, internacionalismo. El capital financiero, que tejía por encima de las fronteras una sutil y recia malla de intereses, encontraba en los judíos, en todas las capitales del occidente, sus más activos y diestros agentes. La burguesía israelita, por todas estas razones, se sentía mancomunada con las ideas y las instituciones del orden democrático-capitalista. Su posición en la economía la empujaba al lado del reformismo burgués. (En general, la banca tiende, en la política, a una táctica oportunista y democrática, que colinda a veces con la demagogía. Los banqueros, sostienen, normalmente, a los partidos progresistas de la burguesía. Los terratenientes, en cambio, se enrolan en los partidos conservadores). El reformismo burgués había creado la Sociedad de las Naciones, como un instrumento de su atenuado internacionalismo. Coherente con sus intereses, la bur-

guesía israelita tenía lógicamente que simpatizar con un organismo que, en la práctica, no era sino una criatura del capital financiero.

Y como los judíos no se dividían únicamente en burguesía y pequeña burguesía, sino también en proletariado, era también natural que en grande número resultasen mezclados al movimiento socialista y comunista. Los judíos que, como raza y como clase, habían sufrido doblemente la injusticia humana, ¿podían ser insensibles a la emoción revolucionaria? Su temperamento, su psicología, su vida, impregnadas de inquietud urbana, hacían de las masas israelitas uno de los combustibles más próximos a la revolución. El carácter místico, la mentalidad catastrófica de la revolución, tenían que sugestionar y conmover, señaladamente, a los individuos de raza judía. El juicio sumario y simplista de las extremas derechas no tomaba casi en cuenta ninguna de estas cosas. Prefería ver en el socialismo una mera elaboración del espíritu judío sombríamente alimentada de rencor del "ghetto" contra la civilización occidental y cristiana.

El renacimiento judío no se presenta como el renacimiento de una nacionalidad. No se presenta tampoco como el renacimiento de una religión. Pretende ser, más bien, el renacimiento del genio, del espíritu, del sentimiento judío. El sionismo —la reconstrucción del hogar nacional judío— no es sino un episodio de esta resurrección. El pueblo de Israel, "el más soñador y el más práctico del mundo", como lo ha calificado un escritor francés, no se hace exageradas ilusiones respecto a la posibilidad de reconstituirse como nación, después de tantos siglos, en el territorio de Palestina.

El tratado de paz, en primer lugar, no ha podido dar a los judíos los medios de organizarse e instalarse libremente en Palestina. Palestina, conforme al tratado, constituye fundamentalmente una colonia de la Gran Bretaña. La Gran Bretaña considera al sionismo como una empresa de su política imperialista.

Enrique Espinoza
"Mester de Judería"
de Carlos M. Grünberg

Conozco a este joven poeta argentino de origen israelita, desde su primer asomo a las letras escolares, si así puede decirse. Mediaba 1918, el año de la reforma universitaria, entre nosotros. Grünberg era todavía alumno del Colegio Nacional Bernardino Rivadavia y estuvo a punto de ser expulsado de dicho establecimiento por haberse permitido citar en una composición sobre la Patria los siguientes versos de las *Olas Seculares*:

*Brinda a los oprimidos tu regazo
Con aquel ademán largo y seguro,
Que designa en la estética del brazo
Una serenidad de mármol puro.*

*Prolongando en justicia tu honra de antes
Cimenta así tus seculares torres,
Y sea tu aderezo de diamantes
El tesoro de lágrimas que ahorres.*

Gracias a la oportuna y amistosa intervención de Leopoldo Lugones la iniquidad no pudo llevarse a cabo y el estudiante amenazado se recibió de bachiller para seguir en seguida sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras.

Antes de obtener su título profesoral, en 1922, Grünberg publica su primer librito de versos, *Las Cámaras del Rey*, sin mayor trascendencia. Dos años más tarde, *El Libro del Tiempo*, nueva colección de poemas, esta vez alrededor de un solo tema: el de los relojes, pues como el poeta norteamericano, Louis Untermeyer, nuestro amigo ha crecido en medio de ellos en la joyería paterna

De uno y otro libro, que yo recuerde al menos, la nota judía está casi del todo ausente. Sólo ahora, después de una tregua estudiantina de muchos años, Grünberg nos brinda, como signo de la época cruel y retrógrada en que vivimos, este libro anti-antisemita, bajo el título de *Mester de Judería*.

La elección del nombre no me parece feliz. Revela, sin embargo, desde un principio, el gusto académico del poeta, y cierto afán historicista, el mismo que ha llevado a su colega chileno Arturo Torres Ríoseco a inventar la clasificación, no menos efímera, de mester de gauchería...

Ahora bien, lo curioso es que este libro, tanto como a la vieja tradición étnica que Grünberg proclama de entrada, pertenece a la más moderna de la poesía nacional. Su prologuista, Jorge Luis Borges, no deja de advertirlo:

"Grünberg, poeta, es inconfundiblemente argentino. Lo anterior no quiere decir que trafique en nidos de cóndores o en omblúes ni que en su estrofa sea frecuente el general Rosas: *melancólica imagen de la Patria*. Quiere decir un vocabulario determinado, ciertas costumbres sintácticas y prosódicas, un modo explícito que no es el modo interjectivo, alarmante, de los poetas españoles de ayer y de hoy. Quiere decir una limpiada tradición cuyos nombres más altos son Lugones y Ezequiel Martínez Estrada."

Claro que ateniéndose al carácter polémico del volumen, tan distinto del que predominaba en los anteriores del mismo autor, el prologuista recuerda primero cierta historia fantástica de Macaulay sobre "las tiranías y los tormentos, las prisiones, los desiertos y los ultrajes que se organizaron en todas las naciones de Europa con los hombres de pelo rojo". Para concluir abiertamente:

"La cristalina parábola de Macaulay es una transcripción de la realidad: el antisemita Adolf Hitler manda en Europa y tiene imitadores en América. En las lúcidas páginas de este libro, Grünberg refuta con poderosa pasión los mitos y las falacias que este impostor ha predicado al mundo. A pesar del patíbulo y de la horca, a pesar de la hoguera inquisitorial y del revólver nazi, a pesar de los crímenes que atesora una diligencia de siglos, el anti-

semitismo no se libra de ser ridículo. En Buenos Aires lo es todavía más que en Berlín. El antisemitismo alemán procura acerbir y razonar un odio preexistente; el antisemitismo argentino es una especie de facsímil gratuito, que no ha consultado siquiera las habituales aversiones del criollo (que son el italiano y el español). Etnicamente, el antisemitismo es absurdo. Lejos de ser intrusa o forastera en esta república, la raza hebrea es de las tradicionales aquí. En cierta nota del capítulo quinto de "Rosas y su tiempo", Ramos Mejía, considera los apellidos principales de la ciudad y demuestra que todos, o casi todos, procedían de cepa hebreo-portuguesa".

Desde luego, no es sólo la brillante oposición al "socialismo de los necios", que dijo Engels, lo que concede valor a este libro. Más bien lo alcanza a pesar de su espíritu incisivo. Un niño que juega con un fusil, aunque sea de guerra, no hace un soldado. Lo que hace al soldado es el riesgo consciente de la muerte en el campo de batalla. En este sentido Grünberg prefiere quedarse en las nubes de un vago misticismo patriótico. Esta fuerza circunstancial es la debilidad de su libro.

A mi juicio, las tres composiciones más representativas del volumen: "Infancia", "Sabat", "Huérfano", no tienen nada que ver con el propósito inmediato de casi todo el resto. Son meramente poéticas. Lo que las hace más perdurables y eficaces también desde un punto de vista social. "Infancia" tiene muchas estrofas felices dentro del terceto monorrímo de arte menor del *Traçado de la Doctrina*, poema que se atribuye al rabí Sem Tob. V. gr., ésta inolvidable:

*Barba corta, cicatera...
¿La navaja? ¿La tijera?
¡Oh, de ninguna manera!*

Nosotros publicamos "Infancia" hace alrededor de diez años bajo su primitivo título de "Rabí Josué". Nos parece todavía una verdadera pieza de antología. Su ascendencia lírica

entronca en parte con el Heine de las *Melodías Hebráicas*, que Grünberg ha traducido con absoluta pericia, empezando por el poema dedicado a Don Jehuda ben Halevy.

En "Sabat", que recuerda no sólo por su forma narrativa los *Romances del Río Seco*, un excesivo alarde retórico y erudito entorpece a ratos el diseño de la figura de Rabí Neftalí. De pronto Grünberg emula el procedimiento con que don Andrés Bello alude al café en su famosa *Silva* y se refiere así al vendedor de cigarrillos de su cuento:

*Anclado ahora en el bósforo
de Corrientes, vende cosas
que se ponen luminosas
en contacto con el fósforo.*

Es demasiado, naturalmente. Y a destiempo. Ha corrido mucha sangre bajo los puentes desde la época feliz del *Lunario Sentimental*. Ni el propio Lugones se permitía ya en la década final de su vida este juego baladí. Pero "Sabat" lo mismo que "Infancia" se salva en el conjunto del libro, *magüer* su gracejo un poquito rancio.

Todo el libro es prodigioso por su riqueza idiomática de otro tiempo. Lo que convierte justamente su afán defensivo actual en un juego retórico. Hasta una canción tan extraordinaria como "Judezno" se resiente su poco por este gusto castizo que distingue a Grünberg como a otros literatos argentinos de origen israelita. Aunque, por lo general, los más devotos hispanizantes lucen apellidados itálicos.

Alguien ha dicho con razón que la forma más común que tiene el hijo de extranjero de incorporarse al país de su nacimiento, es adoptando los defectos más generalizados en él. Esto se advierte sobre todo a través del énfasis que toma el libro de Grünberg de la literatura argentina finisecular.

El método acumulativo, el latiguillo insistente, grato a los oradores, no es sólo de Grünberg sino también de su prologuista como se habrá notado por el texto anterior y puede apreciarse en el siguiente, que resume las cualidades más notorias del volumen.

“Como todos los libros importantes, este de Carlos M. Grünberg lo es por múltiples razones. Lo es como documento legible y lúcido de este aciago “tiempo de lobos, tiempo de espadas” cuya bárbara sombra continental —y quizá planetaria— se cierne sobre nosotros. Lo es por su precisión y por su fervor, por su álgebra y por su fuego, por la armoniosa convivencia continua de la destreza métrica y de la delicada pasión. Lo es por el alma irónica y valerosa que declaran sus páginas”.

Lástima que no lo sea principalmente por su poesía. Pero Grünberg es más artífice que creador. Su literatura es ingeniosa, erudita y cuánto se quiera en sentido elogioso; pero superficial. De un poeta del montón hace por coincidencia de nombre su Horacio y lo mismo se coloca por encima de Rubén Darío que por debajo de Guido y Spano. A pesar de su desprecio por el cruel enemigo, lo llama una vez, cristianamente, “Hermano antisemita”.

Esto equivale a presentar la otra mejilla... Claro que Grünberg también sostiene lo contrario. Así, por ejemplo, en estos versos de himno con estribillo y todo, que de pronto remachan cierto aire chabacano de las “Misas herejes”:

*Cuando estés frío, rígido y yerto,
sonará, joven, la anciana cuerda.
¡Después de muerto, después de muerto,
“perro judío, ruso de mierda!”*

*Los malos vuelven. Son como el cáncer.
Pero ¡qué diablos! Sal de tu inopia.
Junta tus fuerzas y acaba al máncer.
Hazte justicia por mano propia.*

En resumen, Grünberg no es un judío de acción, sino de reacción. Por eso su “judeidad” se parece demasiado a la “criolledad” de Borges y apela tanto a la Patria. Sin embargo, quiero recordarle al viejo amigo que en el “Martín Fierro”, la máxima expresión de lo argentino, aquel vocablo del que no se apean así no más nuestros patrioterros, sólo aparece una vez en todo el extensísimo poema y aludiendo a un caballito del ejército.

Aquí se confunde el tropel
de los que a lo infinito tienden
y se edifica la Babel
en donde todos se comprenden.

RUBEN DARÍO.

Al primer conato antisemita de origen clerical, la conciencia argentina experimentó una reacción de severo asombro. Si esto fué en unos cuantos, ya que la gente de conciencia no abunda, bastó para desvanecer aquel amago de tormenta. Todo se redujo a comprobar sobre el terreno la falsedad de la amenaza judía; y en consecuencia la ventaja de no provocarla con antojadiza prevención. Es, dijimos, un falso problema; y al desdenarlo con serenidad, el país resultó más civilizado que los contrabandistas místico-literarios que lo planteaban.

LEOPOLDO LUCONES.

Sea cual fuere el sitio en que uno se coloque para juzgar el genio hebreo, siempre tendrá que inclinarse ante la trascendencia de sus creaciones. Si suprimimos a Heine de la poesía alemana, quedará en ésta un vacío incolmable. ¿Quién podrá omitir el nombre de Spinoza —la paloma de remos de águila— cuya influencia penetra la concepción filosófica de casi dos siglos y cuyo poder fecundante de genios, ya fué observado por alguno? ¿Y Marx? ¿Y Einstein?

GUILLERMO VALENCIA

En el próximo número

Rodolfo Mondolfo	SOBRE LA PENA DE MUERTE
Manuel Rojas	¿PAZ EN EUROPA?
González Vera	EL TERREMOTO (relato)
Luque Hidalgo	SEGUNDA CRÓNICA ARGENTINA
Edmund Wilson	«MISIÓN EN MOSCÚ»
Ignazio Silone	DISCURSO RADIAL
Enrique Espinoza	IGNAZIO SILONE

NOVELAS Y CUENTOS DE CHILE

TAMARUGAL, por Eduardo Barrios.	\$ 25
VIENTO NEGRO, por Juan Marín.	25
SUB-TERRA, por Baldomero Lillo.	20
SUB-SOLE, por Baldomero Lillo.	20
RELATOS POPULARES, por Baldomero Lillo.	20
ZURZULITA, por Mariano Latorre.	20
ULLY, por Mariano Latorre.	10
CUNA DE CONDORES, por Mariano Latorre.	15
TRAVESIA, por Manuel Rojas.	15
COMPAÑEROS DE VIAJE, por Enrique Espinoza.	15
EL CHILENO EN MADRID, por J. Edwards Bello.	20
LA ULTIMA NIEBLA, por María Luisa Bombal.	20
LA AMORTAJADA, por María Luisa Bombal.	20

PEDIDOS A LA

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125

Santiago de Chile

Los pedidos de provincia acompañados de su importe en giro postal o letra bancaria, no pagan gastos de remisión

EDICIONES "CULTURA"

NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

VOL. I

MUERTE EN EL VALLE

por Bernardo Kordon

Uno de los más significativos valores de la nueva novela argentina en una fiel y recia interpretación de Santiago.

Edición de lujo \$ 25

VOL. II

LOSHOMBRES OSCUROS

por Nicomedes Guzmán

Uno de los poquísimos escritores de Chile que se han enfrentado a la angustia nacional a través del heroico padecimiento del pueblo.

3.ª Edición de lujo \$ 25

VOL. III

HUIPAMPA, TIERRA DE SONAMBULOS

por Nicasio Tangol

Un auténtico novelista chilote en una interpretación emocionada y admirable de leyendas y costumbres de la insula del sur.

Bella edición \$ 40.—

EDITORIAL "CULTURA"

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Santiago

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058.
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA:

Alonso, Amado, <i>El artículo y el diminutivo</i> ... \$ 10.-	Lira, Pedro, <i>El Código Civil y el nuevo derecho</i> 60.-
Amunátegui S., Domingo, <i>Las letras Chilenas</i> 25.-	Mardones, Francisco, <i>Curso de Geometría Descriptiva</i> 120.-
Anabalón, Carlos, <i>Tratado Experimental de Derecho Procesal Civil Chileno</i> .. 200.-	Pinilla, Norberto, <i>La generación chilena de 1842</i> .. 40.-
Castro, Américo, <i>Conferencias dadas en la Universidad</i> 25.-	Pinilla, Norberto, <i>Biografía crítica sobre Gabriela Mistral</i> 10.-
Labarca, Amanda, <i>Historia de la Enseñanza en Chile</i> 50.-	Pinilla, Lagos y Rojas, <i>Panorama literario de 1842</i> .. 15.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

BABEL

Revista de Arte y Crítica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,

Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Director: Enrique Espinoza

Precio del número.	\$ 10 mlch.
Suscripción a 6 números.	\$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número.	0,30 ujs.
Suscripción a 6 números.	1,50 ujs.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Ediciones del FONDO DE CULTURA ECONOMICA de México

ECONOMÍA Y SOCIEDAD.—Max Weber, 2 tomos: 170 pesos
PRINCIPIOS DE SOCIOLOGÍA.—Ferdinand Tönnies, 45 pesos
LA DIPLOMACIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA LATINA.— Samuel Flagg Bemis, 90 pesos
LAS CULTURAS NEGRAS EN EL NUEVO MUNDO.—Arthur Ramos, 55 pesos
INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA.—Adolfo Menzel, 35 pesos
PAPEL SOCIAL DEL INTELLECTUAL.—Florián Znaniecki, 30 pesos
INTRODUCCIÓN A LA CRIMINOLOGÍA.—W. A. Bonger, 45 pesos
LOS FISIÓCRATAS.—Henry Higgs, 25 pesos
INTERVENCIÓN DEL ESTADO EN LA VIDA ECONÓMICA.—Henry Laufenbur- ger, 55 pesos
PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA.—Jhon Stuart Mill, 175 pesos
SALARIOS.—Maurice Dobb, 27 pesos
CURSO ELEMENTAL DE ECONOMÍA.—H. M. Scott, 30 pesos
TEORÍA GENERAL DEL INTERÉS, LA OCUPACIÓN Y EL DINERO.—J. M. Keynes, 80 pesos
COMERCIO INTERNACIONAL.—P. T. Ellsworth. Dos Tomos: I.—Teoría y II.—Política, 75 pesos los dos tomos
BEHEMOTH (Pensamiento y acción en el Nacional Socialismo).—Franz Neu- mann, 90 pesos
SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN.—Fernando de Acevedo, 65 pesos
PRIMEROS ENSAYOS.—Augusto Comte, 55 pesos
TUPAJ KATARI.—Augusto Guzmán, 35 pesos
DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA.—Mariano Picón Salas.—(con grabados), 35 pesos
LETRAS MEXICANAS.—Julio Jiménez Rueda, 35 pesos
LETRAS COLOMBIANAS.—B. Sanín Cano, 35 pesos
LETRAS DE AMÉRICA.—E. Díez Canedo, 55 pesos

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Depósito:

LIBRERIA MEXICO

Bandera 445

Santiago de Chile

NOVEDADES EDITORIALES

LOS OJOS Y SUS RELACIONES CON DIVERSAS ENFERMEDADES, por el Dr. Adolfo Gutmann, ex-profesor de Oftalmología de la Universidad de Berlín. Una obra que no sólo es dedicada al oftalmólogo, sino que también al internista, al odontólogo y al médico en general. En una cuidada y lujosa edición: \$ 80.—

ISABEL EMPERATRIZ DE AUSTRIA, por Mauricio Paléologue. La corte de Francisco José en su esplendor y decadencia. El trágico fin del archiduque Rodolfo. Todo un brillante análisis de un largo e interesante período de la historia europea. Un volumen de «Biblioteca Zig-Zag». \$ 8.—

AVENIDA SAN JUAN 128, por Gregorio Amunátegui Jordán. Hermosa novela con la que hace sus primeras armas literarias el conocido político. \$ 40.—

PSIQUIATRÍA INFANTIL, por el Dr. Leo Kanner, profesor de Psiquiatría de la Universidad John Hopkins de Estados Unidos. Nuevas concepciones científicas que iluminan el camino pedagógico, la medicina práctica y las medidas correccionales relacionadas con la infancia. \$ 70.—

LOS HERMANOS KARAZOV, por F. Dostoyevski. La inmortal obra del genio de la novela moderna, en una cuidada edición. \$ 35.— De lujo, cartonada. \$ 80.—

LA GUERRA CON LAS SALAMANDRAS, por Karel Capek. Novela que ha merecido ser clasificada como el Libro del Mes por el Pen Club de Chile. \$ 50.—

NINON-ROSE, por Guy Wirta. Un tomo de la colección «Mi libro». Rústica: \$ 12.— Empastado: \$ 25.—

HISTORIA DE CHILE, por Luis Galdames. ¡Décima edición! El creciente éxito de la obra queda confirmado una vez más. \$ 30.—

PARED POR MEDIO, por Florencia Barclay. Una novela preferida de las mujeres. Colección «Mi libro». \$ 15.— Empastado \$ 25.—

PAGINAS ESCOGIDAS, por José María de Pereda. Quien quiera tener una visión completa y rápida del más castizo de los novelistas españoles, encontrará en esta selección satisfacción amplia a su deseo. Un volumen de «Biblioteca Zig-Zag». \$ 8.—

SERVIDUMBRE HUMANA, por Somerset Maugham. La famosa novela en una nueva traducción. \$ 45.— Edición de lujo, cartonada. \$ 70.—

JUANA EYRE, por Carlota Bronté. Una de las novelas de mayor calidad y encanto de la colección «Mi libro», en la que se describen parajes y personas rodeados de misterios sombríos y poéticos que traen a la memoria episodios de «Cumbres Borrascosas». \$ 15.— Empastado: \$ 25.—

CUENTOS DEL LUNES, por Alfonso Daudet. Relatos de franco agrado por su movilidad y emoción y que alcanzan un alto valor histórico al exponer la vida francesa durante la guerra con Prusia. Un volumen de «Biblioteca Zig-Zag». \$ 8.—

LOS PERROS HAMBRIENTOS, por Ciro Alegria. Cobra vida en estas páginas un nuevo aspecto del Perú, surge en ellas el panorama de la población que encierran en sus valles y alturas las moles de los Andes. Un volumen doble de «Biblioteca Zig-Zag». \$ 15.—

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84 D

Santiago de Chile